

en su hegemonía económica y militar. Su principal objetivo era extender su poder sobre ciertas zonas geoestratégicamente importantes, sobre todo relacionadas con el petróleo en un momento de expansión de la globalización (capítulo 9). El análisis del papel internacional de Washington aparece perfectamente vinculado a los cambios que se estaba produciendo en el interior del país, entre los que destacó el *New Deal* de Roosevelt, el clima social de la década de los sesenta en el que asesinaron a John F. Kennedy y Martin Luther King, el desmantelamiento de las zonas industriales en la década de los noventa, el retorno a políticas sociales con Barack Obama o la polarización política y social durante el mandato de Donald Trump (con un retorno al *America First* y en un contexto marcado por la *multipolaridad*), cuya coda fue el asalto al Capitolio.

En definitiva, se trata de un libro de carácter divulgativo muy interesante para acercarse a la historia de EEUU. El autor consigue transmitir al lector la complejidad de la organización de esta joven nación y mostrarle cuales son las causas y las consecuencias de cada uno de los cambios políticos, sociales y económicos. Pese a las diferencias geográficas, de etnia, de clase e incluso de género, y también a pesar de haber sufrido una Guerra Civil y haber participado en dos conflictos mundiales, EEUU ha conseguido un relato nacional cada vez más inclusivo y una administración central democrática estable capaz de resistir a momentos de incertidumbre y debilidad.

**Viñas, Ángel, *El gran error de la República. Entre el ruido de sables y la ineficacia del Gobierno*, Barcelona, editorial Crítica, 2021, 576 pp.**

Por Juan José López Cabrales  
(UNED)

La guerra civil, de cuyo final se han cumplido 85 años este pasado mes de abril, sigue constituyendo el momento clave de la historia reciente de España. Su peso se deja sentir aún en los discursos políticos actuales, y no sólo en el ruido grosero de la polémica partidista sino incluso en el debate supuestamente sosegado e inteligente. Habría que remontarse hasta la Guerra de Independencia para hallar en la historia de España un acontecimiento de trascendencia similar, tanto por sus repercusiones históricas, como por ese carácter destructivo y terrible, plasmado en el imaginario artístico por el Guernica de Picasso o los desastres de la guerra de Goya.

Es por ello que resulta pertinente recurrir y meditar, como hace Ángel Viñas en su libro, acerca de una cuestión esencial: ¿La guerra civil podría haberse evitado? Esencial desde muchos puntos de vista, fundamentalmente porque evitar la guerra civil seguramente hubiera supuesto la inexistencia de la dictadura de Franco y una incorporación de España al tren de la Europa más avanzada cuarenta años antes de cuando finalmente se produjo, con todas las consecuencias que ello podría haber acarreado a nuestro presente.

Este libro nos invita a una reflexión acerca de por qué la II República, hallándose totalmente alerta acerca de lo que podía pasar y a pesar de disponer tanto de recursos militares como políticos para hacerlo, no quiso, no supo, o no pudo reaccionar de una manera adecuada frente a una conspiración que comenzó aparentemente como la Sanjurjada o como uno más de los muchos pronunciamientos de la España del siglo XIX, pero que acabó desembocando en una sangrienta guerra civil que condujo a España a una larga dictadura de extrema derecha.

Indica el autor en el prólogo de la obra que el núcleo de su trabajo se centra “en los antecedentes de la ‘placidez’ mostrada por los gobiernos republicanos en la primavera de 1936 al no adoptar las medidas necesarias para decapitar con eficacia la conspiración”. Hay que tener en cuenta que, como demuestra Viñas a partir de un telegrama encontrado por él en el Archivo Militar General de Ávila, ya en febrero de 1936, se produce un intento de golpe de estado “blando”, posiblemente organizado por Franco, Goded y Cabanellas y con la condescendencia del propio Presidente de la República Niceto Alcalá Zamora, y que se tradujo en la declaración, pocos días después de la victoria electoral del Frente Popular, el estado de guerra en Zaragoza durante unas horas. Algo que no podía extrañar al Gobierno de izquierdas, porque ya en octubre de 1935 Antonio Goicoechea, mano derecha de Calvo Sotelo, se reúne con el Duce y le informa de que, si la izquierda ganaba las elecciones, la UME, y con ella los monárquicos y los carlistas, se sublevarían.

Esto nos conduce a un elemento esencial en el estallido de la guerra civil, elemento que el Gobierno del Frente Popular no pudo calibrar adecuadamente porque escapaba a su control y resultaba difícilmente imaginable: la intervención de la Italia Fascista en la conspiración. Esta inter-

vinción se desarrolló a través de cinco carriles: el militar, el diplomático, el de la prensa, el de los servicios de inteligencia, y el más decisivo, el apoyo directo a los conspiradores monárquicos. Y es dicha intervención la que justifica que el levantamiento deba calificarse, por este orden, de monárquico, fascista y, sólo en último término, militar.

A través de la que él denomina EPRE (Evidencia Primaria Relevante de Época), a la que Viñas recurre una y otra vez, nos muestra documentos nuevos y sorprendentes. Por ejemplo, al tratar de comprender la postura de Azaña, algo siempre difícil porque el entonces Presidente de la República apenas dejó reflexiones sobre lo ocurrido, revela que no supo aquilatar la importancia de la conspiración, en parte porque confió en ciertos militares como Queipo, Cabanellas o López Pinto (menos conocido, pero con un papel esencial como Gobernador Militar de Cádiz) que lo engañaron vilmente y en parte porque despreció a los militares (como muestra su confesión al embajador de Francia de que mandaba a Goded a Baleares para que tomase el sol en sus playas). Quizá no andaba desencaminado el encargado de negocios en Madrid de la Alemania Nazi (embajador en funciones por entonces), cuando en un despacho de la primavera del 36 se hacía eco de ciertos rumores que decían que Azaña estaba cansado. Es obvio que los canales de información internos y externos de la República, que funcionaron mejor durante la etapa del bienio radical cedista, dejaron de funcionar con la llegada del Frente Popular, y esto dificultó mucho las cosas y acentuó la descoordinación entre el Ministerio de la Guerra y el de la Gobernación, que debería haberse realizado a través de la Dirección General de Seguridad, pero a pesar de ello y del posible cansancio de Azaña, lo que a juicio de Viñas resulta injustificable e indefendible, por su papel de Ministro de la Gobernación primero, del Ejército después y de Presidente del Gobierno finalmente, es la actuación de Santiago Casares Quiroga, a pesar de cierta historiografía que últimamente lo defiende.

Como ya ha mostrado en obras anteriores como “¿Quién quiso la guerra civil? Historia de una conspiración” y “La guerra civil española 50 años después”, la manipulación ideológica fue constante y tremenda. En los cuarteles se leía sobre todo el ABC (“colaborador necesario del golpe” según Viñas) y El Debate, periódicos reaccionarios que insistían una y otra vez incluso más que en la persecución religiosa, en el terrible peligro

de la revolución comunista. Todo ello sin olvidar el elemento anarcosindicalista, a juicio del autor elemento de tremenda distorsión en el devenir de la República y que para los militares de extrema derecha era equivalente al comunismo, algo en lo que estaban tremendamente equivocados, como el devenir de la guerra se encargó de demostrar.

Pero el elemento crucial, desde el punto de vista de Viñas, el que determinó que la guerra civil resultase imparable, y en ello rechaza a la historiografía previa que lo negaba, fue el papel de la Italia Fascista y del Propio Mussolini en el desencadenamiento de la guerra. Y para ello se sirve de EPRE por él encontrada: los contratos que firmó el 1 de julio de 1936 Sanz Rodríguez con Italia para la adquisición de una serie de aviones de guerra y que se encuentran en el archivo de la Fundación Universitaria Española de la Calle Alcalá de Madrid (junto a las declaraciones del propio Sanz Rodríguez a Ronald Fraser, según Viñas no interpretadas por este hasta sus últimas consecuencias) y los interrogatorios a los pilotos italianos que poco después aterrizaron en las inmediaciones de Melilla y que fueron tomadas en el Protectorado Francés. Esta intervención italiana, junto a la incorporación de los nazis y el cierre, por parte de Francia y Gran Bretaña, a la II República a la posibilidad de adquirir armas llevaron a Azaña a declarar, ya en septiembre de 1936: “Hemos perdido la guerra”.

Así fue y así se inició una de las etapas más tristes de la historia de España. Una guerra civil que se prolongó durante tres años, que se mantuvo en el imaginario y la praxis política española cuarenta años más y que aún en nuestros días continúa retumbando en el discurso y la reflexión política española, incapaz de hallar una respuesta y una concordia. Y así hemos llegado a estos tiempos de pandemia en los que se redactó el libro que nos ocupa, y en los que se ha vuelto a hacer evidente ese cainismo del duelo a garrotazos goyesco en el que parece que todo vale con tal de sacar del poder al indeseable enemigo de los valores auténticos de la patria. La lectura de una obra como esta resulta útil y necesaria, porque nos ayuda a meditar acerca de cómo prende ese odio, y sobre todo a dónde nos pueden llevar sus nefastas consecuencias.